vestidos me es mas suave y delicioso que la dulce fragancia de todos los aromas. Y no creáis que estas palabras son hiperbólicas, ó exageraciones de un amante apasionado y ciego por la vehemencia de su amor; los mismos que debieran interesarse mas en deprimir ó rebajar su belleza; las otras reinas y concubinas, las hijas todas de Sion que cifran su gloria en ser preferidas en el amor de Salomon, apénas la vieron, prorumpieron naturalmente y como sin libertad en las mas expresivas alabanzas á su hermosura.

Sí, los moradores de la celestial Jerusalen, en que no se conoce la vil envidia, todos la engrandecen y preconizan la excelencia imponderable de sus virtudes. Y ¿qué extraño, si aún en esta miserable region de la soberbia y de la injusticia resuenan con las mas solemnes aclamaciones en boca de todos los cristianos estas mismas virtudes, á pesar de no ser exactamente conocidas? Á donde quiera que nos dirijamos, y con especialidad en este dia, nada percibimos sino los testimonios mas auténticos de su gloria. En todo el cristianismo no hay reino, pueblo, templo, ni individuo alguno, que no se gloríe de solemnizar la memoria de su triunfo. El Señor, ese hijo adorable de María, presentándose á su vista en ese trono de grandeza, y dejándose conducir en público para autorizar los religiosos cultos que tributamos á su bendita madre, nos llama, nos atrae, nos impele á marchar por la senda que la condujo á ella á la gloria. «Yo,» creo oirle decir; «yo que me glorío de honrar á María, porque María se esmeró en merecer estos honores, seré igualmente justo con todos; confundiré un dia á los necios pecadores, publicando indignado los crímenes con que han merecido la execracion de los ángeles y de los hombres, el odio de mi Padre y mi eterna reprobacion; y haré tambien completa la gloria de los justos, dando con indecible complacencia el mas auténtico testimonio de su justicia, elogiando su virtud, alabando su celo, llamándolos á la participacion de mi gloria, adornando su cabeza con una corona inmortal, y haciendo que, á imitacion mia, todas las criaturas los bendigan, los honren, los aclamen dignos de mi amor, de mis bendiciones, de mi gloria.» Amen.

SERMON

DE LA

ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

(DE BORDOY.)

Apparebit vobis gloria ejus.
Se aparecerá á vosotros su gloria.
Levitico, c. 9. v. 6.

Las tiernas y afectuosas expresiones con que la Iglesia convida á los fieles en este dia á que se alegren y regocijen en el Señor, manifiestan el aprecio que le merece esta gran solemnidad, y el entusiasmo de fervor y ternura con que nosotros debemos celebrarla. No es ahora sazon oportuna de abandonarnos á la tristeza y melancolía; eslo sí de que entrando en los sentimientos de nuestra buena madre, explayemos nuestros pechos con los trasportes del placer mas puro, nacidos de un corazon recto, levantando nuestro espíritu á la consideracion del mas bello y grandioso cuadro que puede presentarse á nuestra vista. Este es el lenguaje que constantemente ha hablado la Iglesia á sus hijos desde los primeros siglos de su establecimiento, y que les hablará hasta que su Fundador divino se agrade de trasladarla á la bienaventurada Sion. En donde quiera que hayan tremolado las banderas de su Fe, allí se han visto en este dia los altares de sus templos matizarse de piedras preciosas y oro purísimo, levantarse de en medio de ellas el humo suave del timiama é incienso exquisito, y resonar en sus bóvedas los melodiosos cánticos de sus alabanzas. Órganos

de estos sus elevados y sublimes sentimientos los Padres que la sostenian é ilustraban, desplegaron con esta ocasion todas las velas de su elocuencia, para anunciarlos con dignidad á los pueblos que los escuchaban, entusiasmarlos en su obsequio y cumplimiento, é impresionarlos de las amorosas efusiones que derramaban sus corazones enternecidos. De esta manera ocupados profundamente de tanta gloria y majestad, se producian con vehemencia y valentía en Roma los Leones y Gregorios, en Constantinopla los Crisóstomos, en el Claraval los Bernardos, en Milan los Ambrosios, en Hipona los Agustinos, en Toledo los Ildefonsos, y los Leandros é Isidoros en Sevilla. ¡Qué rasgos tan bellos y qué cuadros tan magníficos se leen y observan con este motivo en sus homilías, en sus discursos y sus razonamientos! Ya los arrebata la espada con que se inmola la víctima mas pura en el altar del amor; ya la imperturbabilidad y sosiego con que ofrece la cerviz al duro golpe; ya el respeto con que mira la muerte á sus despojos encerrados en el sepulcro; y ya el galardonador de la virtud, que con aparato y pompa celestial la llama con su propio nombre, para sentarla á su derecha en un trono de oro, y ponerle con sus manos la brillante corona, debida á su candor y merecimientos.

Pero no es extraño que así sucediera, señores. Hoy es el dia de los dulces recuerdos de las misericordias del Señor. Su nombre, sobremanera grande, hoy será bendecido en una pura criatura por todas las naciones de la tierra. Su poder brillará de un modo extraordinario, porque aparecerán prodigios y maravillas, que solo es capaz de obrar su derecha omnipotente; y porque malhadados los fueros del pecado, quedarán ignominiosamente burlados. Desde Etan hasta Betsabé, y desde el Egipto hasta la Mesopotamia se oirá la voz de estos singulares acaecimientos, y contarán los padres á sus hijos las obras de predileccion, con que ha levantado á la cumbre de la inmortalidad á la dichosa, á quien tuvo á bien dirigir las dulces miradas de su amistad y benevolencia.

Digámoslo de una vez, señores: esta hermosa criatura sobre la cual despliega el Señor toda la brillantez de su omnipotencia, y pone en movimiento los recursos de su poder, para engrandecerla y magnificarla, es la santísima vírgen María, amabilísima madre nuestra. Oh! ¡y cómo siente enternecerse nuestra alma en este dia de sus glorias y triunfos! Oh! ¡y cómo la saluda

con los dulces nombres de escogida entre millares, y de entre las mujeres la mas bienaventurada! Acábanse hoy para ella los dias de tribulacion y amargura; apacible primavera sucede al crudo invierno de sus trabajos y penalidades; rómpense las cadenas de su destierro; resuena en sus oídos la voz dulce de su Amado, y ábrense á su presencia las puertas de la celestial Jerusalen, para ser recibida en los tabernáculos eternos. ¡Qué conjunto de maravillas se nos ofrecen en este solo dia! Ya no se puede comparar, como en otro tiempo, con aquella llorosa mujer, que, sentada en medio del camino, era despreciada y escarnecida de los que pasaban: es sí semejante á la dichosa Ester, que asida del cetro de Asuero, se sienta bajo de su solio, y recibe los homenajes y aplausos de todos los pueblos de su imperio. Apoyada sobre la derecha de su Amado, desbarata los formidables escuadrones de sus enemigos, y se levanta ufana para gozar entre resplandores divinos los frutos sabrosos de su glorioso vencimiento. Entretanto la naturaleza toda se pasma; los espíritus infernales se retiran despavoridos; la maldicion del pecado no se atreve á embestirla; la muerte se muestra medrosa, y aunque con aire de vencedora la respeta y tiembla; la tumba se convierte en mansion de honor; los coros de ángeles bajan para saludarla; y el mismo Salvador, fruto precioso de sus entrañas y señor supremo y rey universal del cielo y de la tierra, viene á encontrarla, para darle el fuerte abrazo de eterna union y de felicidad verdadera. Qué gloria, señores, para María! ¿Qué triunfos podrán igualarse á los que alcanza en el dia de hoy esta soberana princesa?

Hé aquí, señores, los pensamientos que ocupan en este dia á nuestra buena madre la Iglesia; y hé aquí los motivos que la impelen y la han impelido siempre, para consagrarlo por uno de los mas solemnes en sus decisiones y en sus liturgias. Precisada á contemplar á este Señora extendida en el lecho de la muerte, envuelta en una simple mortaja y encerrada en un oscuro sepulro, no ve en ello ni las tristes reliquias de un pecado que no contrajo, ni el deshonor y envilecimiento, á que redujo á los demas mortales el terrible anatema fulminado contra nuestros padres. No contristan á buen seguro su buena memoria los dolores agudos de una penosa enfermedad, los síntomas violentos de una larga agonía, ni la podre y hediondez de un cuerpo corrompido: solo se complace en admirar en ella el sello

del candor é inocencia, el manto que la cubre de la proteccion divina, y el vuelo rápido con que se introduce en las moradas del eterno descanso. En una palabra lo que ocupa á la Iglesia en esta solemnidad de María, es todo gloria, todo honor, todo majestad. Ved aquí, señores, lo que ocupará tambien vuestra atencion, siendo el objeto de mi panegírico.

Ayudádme vos, Vírgen santa, dulce vida y esperanza mia: hoy que por primera vez abro mis labios en alabanza vuestra en este santo templo, dispensádme con mano larga vuestros favores y valimiento. Conozca, Señora, que estáis á mi lado, y que vuestra ayuda me alienta y encamina en vuestro elogio. Sin vos, Señora, qué puedo hacer sino desbarrar? pero con vos me prometo el acierto y desempeño. Acordáos que hoy sois públicamente reconocida por abogada nuestra, y os sentáis en el trono de las misericordias. Para atraerlas sobre mí y este auditorio, juntos os apellidaremos con el ángel llena de gracia. *Ave María.*

No os imaginéis, señores, que cuando celebro los triunfos que alcanza la santísima Vírgen en este dia de su asuncion á los cielos, la considero libre del tributo ordinario de la muerte. No fué seguramente arrebatada en carroza, como Elías, ántes que se cumplieran los plazos que á la carrera de su vida habian prefijado los decretos del Señor. Aunque el mundo no era digno de poseer tesoro tan estimable, sin embargo las leyes ordinarias de la naturaleza tuvieron en ella su curso natural, haciéndole sentir sus efectos. Es verdad que esta Señora jamas tuvo pecado ni la mas ligera imperfeccion; y que por eso mismo no debió sujetarse á las terribles penas que el delito nos acarrea y que justísimamente merecemos; pero hubiera faltado algo á sus deseos, si no se hubiera asemejado en lo posible á su hijo amantísimo Jesus, original á que se dirigian los esfuerzos y conatos de su alma, y que habia estampado en su corazon. La pompa magnífica con que le habia visto elevarse á la vista de sus discípulos, sobre un trono resplandeciente rodeado de nubes, para ir á sentarse á la derecha de su Padre, no le hacia olvidar la lúgubre escena que habia presenciado en el Calvario. Allí vió al Autor y conservador de la vida inclinar su adorable cabeza, cerrar sus ojos divinos, y despues de un profundo suspiro arrancársele voluntariamente el alma; cruento

sacrificio, á que se habia ofrecido por el rescate del linaje humano. Estaba pues en el órden que la Vírgen entrara en el mismo camino en que habia impreso sus huellas el divino Redentor, y subiera al monte santo, para ofrecer al Señor en holocausto los restos de su mortalidad. Pero este momento, el mas fatal y mas amargo para el hombre, y en que se manifiesta en toda su extension su envilecimiento y pequeñez, es para María el instante dichoso en que gusta la copa de oro de consuelos celestiales, que embriagan á su alma dichosa, y en que se abre para ella un nuevo teatro de glorias y grandezas. Arrancará de las manos de su enemigo los laureles, con que este se prometia engalanar su cabeza, y le atará vergonzosamente al carro de su triunfo. Pues si ya no debe ser vergonzoso morir, como dice san Bernardo, despues que el Salvador se sometió á las leyes de la muerte en el madero de la cruz, ¿cuánto mas brillante y de honor sumo es para María, cuando en el acto mismo de acercarle la muerte su guadaña para cortar el hilo de sus dias, la pone esta vírgen bajo de sus piés, le aplasta su cabeza, y muriendo la vence? Oh! y cómo si la vence! No se gloriará esta fiera devoradora de espantarla con su semblante ceñudo y feroz, pues la teme ménos que David al Goliat que le insultaba; ni destrozarla con sus largos y afilados colmillos, pues no sus heridas, sino las flechas del amor divino son las que la matan. Aquí empiezan los triunfos de María en esta su gran solemnidad, y la escala por do sube á la region del honor y de la gloria.

Porque en efecto María camina con paso noble al último término de su carrera, como la tortolilla al nido de su descanso y de sus delicias, y como el intrépido conquistador que está seguro de sojuzgar la plaza que va á embestir. La serenidad de su continente indica la gran calma que reina en su interior y el alto desprecio con que mira las fuerzas impotentes de su enemigo. Ella es la primera á desafiarle á singular batalla, y á burlarse de sus numerosos carros y aguerridas falanges. Pues si camina á la muerte, no es como nosotros caminamos á ella con movimiento trémulo y pavoroso; no como camina el malvado, á quien el amargo recuerdo de sus delitos le eriza el cabello y le hiela la sangre; no como caminan el mundano y el sensual, á quienes la pérdida de sus placeres y torpezas anega en profunda tristeza y negra melancolía. Camina sí con frente impávida y semblante sereno, pues que revestida está con la armadu-

ra de sus virtudes, y defendida con la coraza de su justicia, inocencia y fortaleza. De este modo se pone á cubierto de las astucias y asechanzas del espíritu maligno, quien osó tambien tenderlas al mismo Salvador. Acaso su vida larga y llena de dias, reflexion sola que ha consternado á tantos justos, ¿amilanará á esta grande alma, criada solo para lo sublime y heroico? Pero su vida, cuanto ha sido mas larga, ha sido mas santa y fervorosa : no hubo en ella nunca el mas pequeño eclipse que ofuscase los resplandores de su santidad. ¿Acaso la abundancia extraordinaria de gracias y dones que derramó el Señor en su corazon, amedrentará á esta mujer fuerte, así apellidada justísimamente por el Espíritu santo? Pero á María no comprenderá la reprension severa del siervo del Evangelio, por haber escondido los talentos que se le habian confiado, para que los multiplicase y aumentase. En el recibimiento de tantos dones puede compararse á un globo que se precipita, que cuanto mas se acerca al centro de la tierra, tanto mas acelera y aumenta su movimiento. ¿Acaso la inflexibilidad y severidad del tremendo Juez, ante cuya presencia se examinan las mismas justicias, y no se hallan rectas las colunas mas elevadas del firmamento, consternará á esta amazona de la virtud? Pero ah señores! aquí ve María cifradas sus esperanzas, y aquí está el orígen de do dimana la fortaleza con que la ha rodeado siempre el Altísimo. Porque si su dulce Jesus viene á juzgarla, teniendo con una mano el cetro de la cruz, esta misma cruz hablará en favor suyo; ella dirá en altas voces que fué el objeto de sus ansias y suspiros, y que si en sus duros brazos no estuvo enclavado su cuerpo santísimo, lo estuvo su amante corazon. Y si con la otra tiene el inflexible juez la balanza de la justicia, esta misma balanza publicará el excesivo peso de sus virtudes, de sus trabajos, de sus dolores y del inmenso cúmulo de sus merecimientos, á que no han llegado ni llegarán jamas todos los justos, cuyos nombres celebramos con admiracion. Y si á la órden del justo y recto juez se abre el libro en que está escrita la fidelidad y correspondencia á las gracias recibidas, oh! y cómo entónces, á la manera de un cabritillo en frondoso valle ó en escarpado monte, dará su corazon saltos de placer, porque van á pregonarse á voz en grito los solemnes juícios del Señor, que desde la eternidad tiene formados sobre esta criatura privilegiada, y que anunciarán de un modo digno las be-

llezas... Pero decídme, señores, ¿no es vencer la muerte el caminar así á ella, ó por decir mejor, no la vence muriendo esta Señora?

Reflexionád si no un instante, si os place, en que era muy consiguiente, que así caminara á la muerte la Vírgen con aire de triunfadora, si hacemos alto en sus bellos pasos en la hermosa senda de la perfeccion y santidad. ¿Cuántos testimonios de vida, cuántos motivos de confianza se nos presentan entónces, para augurarle un glorioso vencimiento y el total destrozo de su enemigo? Entónces pregunta á semejanza de Job, al comienzo de su vida, y este le dice, que en el primer instante en que salió de las manos de su Criador, ya fué toda bella, toda hermosa, sin mancha alguna y del todo inmaculada; que ya desde aquel momento se penetró toda de su Dios, y se engolfó en el inmenso océano de sus riquezas, de sus perfecciones y de su amabilidad. Entónces pregunta á los altos destinos á que la elevó el Señor, y estos le recuerdan el anuncio mas honroso que le lleva un ángel, del misterio mas inefable que se obró en sus entrañas virginales; los testimonios solemnes que dan de su pureza é integridad el mismo ángel á José, y santa Isabel en las montañas de Judea; el nacimiento del Salvador del mundo en la cueva de Belen; la penosa huída á Egipto por la cruel matanza de los inocentes niños; la constancia heroica con que siguió al Cordero inmaculado, cuando caminaba al sacrificio, que vió consumado en el monte de los dolores; y en fin le recuerdan la confianza que de ella hace este Dios moribundo desde el patíbulo en que espiró. Entónces pregunta... Pero á qué voy, señores? Pregunta sí, pero á los ángeles del empíreo que en su derredor están, si acaso han visto al Amado de su alma, que le pregunten de su parte, ¿cómo le sufrió el corazon no llevársela consigo, cuando victorioso subió á los cielos, para entrar en la gloria de su Padre? Oh! Hijo mio, dulce prenda de mis entrañas, acorta pronto esta larga ausencia, y muéstrame otra vez las gracias de tu rostro, en que yo tantas veces me complacia y me arrebataba. Pobrecita huérfana, ¿por qué no bajas, mi ayudador y consolador? Á qué una madre tierna sin su hijo que tanto estimaba? ¿Por qué retardar la medicina á las llagas que ha abierto en mi pecho tu amor? Dáte prisa, Hijo mio, y corta de un golpe los lazos que detienen á esta paloma, para volar á darte el abrazo de caridad eterna.

Así es como María se burla del aspecto horrible de la muerte, y se llena de gloria, cuando á ella se acerca; y así es tambien como triunfa de sus golpes, porque es demasiado preciosa esta víctima, para que no la consuma fuego bajado de los cielos. Y ahí está otro privilegio de los mas inauditos que se hayan concedido á criatura alguna. Porque ¿quién amó mas á Dios, que esta Vírgen santísima, cuyo corazon era una hoguera encendida de caridad divina? Ella le amó mas que los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes, y aún mas que los mismos serafines y querubines, que están continuamente ante el trono del Altísimo. Ella era á la que buscaba continuamente el Esposo amado; la que introducia en la mística bodega de los vinos celestiales, y á la que habia herido su corazon con uno de sus cabellos. Oh! cuánto incendio de amor ardia en aquel purísimo corazon! cuántas llamas de caridad en esta zarza de Oreb! y ¡cuánto fuego de delicias en este trono verdadero de la Divinidad! De este modo la flecha divina tirada del arco de su Hijo la pone enferma de amor, la consume lentamente, y arrebata esta alma santa para sumergirla en el seno de Dios.

Acercáos si no al lecho en que descansa la Señora; y qué es lo que veréis? Prodigios y maravillas del Señor, glorias y triunfos de María. Descansaréis un momento de los horrores que causa la triste imágen de un moribundo, y os enajenaréis á la vista del mas dulce y tierno espectáculo, que jamas haya llamado la atencion del cielo y de la tierra. En su lecho no veréis los molestos achaques de una caduca vejez, la sed abrasadora de un calenturiento, la postracion y amarillez de la disolucion de los humores, los desbarros de un cerebro atacado, las agitaciones y zozobras de una terrible agonía, ni otros funestos accidentes que causan, así las ordinarias, como las agudas enfermedades. Veréis sí solo en este lecho raptos profundos de amor, dulcedumbre de deliquios de amor, arrobamientos continuos de amor y elevadísimos éxtasis de amor. Aquí todo es augusto, todo es magnífico: apóstoles y discípulos diseminados por la Palestina que la omnipotencia de su Hijo reúne al derredor de su cama, ángeles del cielo que bajan para servirla, resplandores brillantes que deslumbran, músicas celestiales que se oyen, y cánticos divinos que arrebatan. Recogida en el nido de su reposo esta cándida paloma, se le observa su semblante mas

apacible y risueño que nunca; vense brillar en su rostro aquellas gracias modestas que encantan, un pudor amable, una dulce majestad: sus tranquilos ojos fijos al cielo le dicen la calma y ardorosos movimientos de su corazon; sus risueños labios que se abren para pronunciar palabras dulces como la miel, palabras de consuelo, palabras de amor; y en fin se observa que concentrado su espíritu en Dios, ya le parece que le abraza y ve cara á cara. Ah! cómo entónces su hijo Jesus, que está á su lado, dándole una tierna mirada, le dice suave y amorosamente: rompéd, Vírgen santa y madre mia, las cadenas que aprisionan vuestro cuerpo; volád con rapidez á la region de mi gloria, y entrád, entrád pronto en la morada de vuestro descanso. Un Hijo amoroso y Padre os llama, impaciente por haceros partícipe de su bienaventuranza, como participasteis de sus dolores; y hé aquí la corona que tiene ya en sus manos con que ceñiros vuestra gloriosa frente. Á las voces de este amoroso convite, se conmueve de nuevo el alma santa de la dulcísima Vírgen; se aumentan sin cesar los deseos ardorosos y movimientos impetuosísimos de su corazon, que parece salir fuera del pecho para unirse con su Criador; se suceden sin interrupcion los arrobos, los éxtasis, los deliquios que la enajenan y la trasportan; y reuniendo á lo último esta Señora toda la fuerza de su fe y toda la vehemencia de su amor, se desprende en fin su dichosa alma de la tierra, y vuela, no ya al seno de Abrahan, sino al de la Divinidad. Salve, alma venturosa, en tu feliz llegada á los brazos de tu Hacedor; reposa ya en su regazo, y embriágate con las dulzuras de su amor.

Así desapareció, señores, este astro brillante que iluminó al mundo por espacio de setenta y dos años; y así triunfó de la muerte la que habia engendrado en Nazaret al Autor de la vida. Caridad divina, ahí tienes la víctima mas ilustre que sacrificaste jamas en el ara de tus altares. Tú no pudiste hacer mas, pero tampoco pudiste hacer ménos: esta víctima debia sacrificarse de un modo digno del Hijo y de la Madre, porque María, como dice san Bernardo, era preciso que muriese á impulsos del amor; y, como dice san Ildefonso, ó no habia de morir, ó habian de ser las heridas de la caridad las que la matasen. La muerte era demasiado débil para inmolarla; la victoria estaba reservada á la espada del amor. Cuando se llega á morir así, señores, la muerte no puede ser mas gloriosa; y cuando así se

adormece la Vírgen entre los brazos de su Amado, su triunfo no puede ser mas brillante. No la intimidó el aspecto horrible de la muerte, y sus desapiadados golpes no llegaron á maltratarla. La cama en que yace tendida, se ha convertido en un trono de gloria, y el eclipse momentáneo de su vida ha sido el anuncio de sus grandezas; el sepulcro, en que con veneracion se deposita este su sagrado cuerpo, las publicará de un modo el mas solemne; y en el centro mismo de su oscuridad se oirán las voces de su magnificencia y grandeza.

Porque ¿cómo es posible imaginar, señores, que su hijo amantísimo Jesus, en cuyas manos habia puesto el Padre todo el poder, no quisiese distinguir al cuerpo de su madre en el sepulcro con aquel honor singularísimo que concedió al suyo, cuando estuvo sepultado este mismo por espacio de tres dias? La sangre, señores, que circulaba en las venas de Jesus, era la sangre que corria por las venas de María, y la carne y los huesos de Jesus eran la carne y los huesos de María. ¿Cómo pues no señalaria al sepulcro de su madre con el timbre magnífico de glorioso, cuando así habia llamado al de su Hijo el profeta? Ó dulce Jesus mio! ¿no es por ventura el vientre virginal de esta Señora donde fuisteis engendrado y reposasteis por espacio de nueve meses? ¿no son estos los brazos que os fajaron y colocaron en un pesebre? ¿no son estos los pechos virginales que os alimentaron en vuestra infancia? ¿no son estas las manos que enjugaron tantas veces el sudor de vuestro rostro? no son estos los labios que imprimieron en vuestras mejillas repetidos besos de amor? y no son estos los piés que os salvaron? Pues ¿cómo, Señor, habiendo sabido salvar á los tres niños y á sus vestidos del fuego voraz del horno de Babilonia, consentiréis, que los miembros del cuerpo santísimo de vuestra madre queden expuestos á los ultrajes ignominiosos de la muerte, y sean presa de los gusanos y de la podre? Ah! no, mis caros oyentes! Este obsequio le debia Jesus á su omnipotencia, al cariño que profesaba á su madre y al honor de su divina Majestad.

SERMON

DE LA

ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

(DE GONZÁLEZ.)

Beata, quæ credidisti.
Bienaventurada tú que creíste.
S. Lúcas, c. 1. v. 45.

Siendo fuera de toda duda que el Señor se complace de ser honrado en sus santos, y que por su medio gusta de franquearnos los inmensos tesoros de su infinito poder, cada pueblo y cada particular se ha elegido uno ó mas santos, á quienes llama con razon sus ángeles tutelares, sus defensores y sus abogados; y si fuera posible medir los grados de gloria que disfruta cada uno de ellos, creo que todos elegiríamos al que mas sobresaliera entre los otros. Por tanto, fundados en que la cualidad de madre de Dios es el título mas honorífico para una criatura, y que atendida la sabiduría y providencia del Señor, no es creíble que dejara de adornar con las prerogativas mas singulares á la que escogió entre todas las vírgenes para madre de su Unigénito, todos los pueblos y todos los cristianos desean con ansia estar colocados bajo la tutela y amparo de María.

Pero inútil es que busquemos su patrocinio, si no procuramos al mismo tiempo imitar sus principales virtudes, su heroica humildad, su perfecta pureza, su caridad fervorosa, y sobre todo su imponderable fe, la que particularmente me propongo inculcaros hoy, porque si creéis como María, como María gozaréis.